

# Tribuna anarquista

## Sobre la tragedia andaluza Los Diputados Un grupo de anarquistas italianos a los anarquistas españoles

Una amargura infinita inunda mi alma apasionada. Un dolor hondo, muy hondo, consume mi ardiente corazón hace ya unos días...

La tragedia de ese pueblo tan emotivo que ha escrito, con sangre y fuego, una de las páginas más brillantes del proletariado rebelde, me obsesiona, me persigue por doquier, no me deja vivir, me tiene sugestionado...

Porque el heroísmo magnífico de los revolucionarios andaluces, en enorme y desigual combate, es algo que admira y asombra. Es una gesta formidable.

Es el desbordamiento de unas ansias de libertad y de justicia, ha siglos ahogadas y reprimidas.

Es un pueblo, un gran pueblo, que ha ofendido generosa y entusiastamente su libertad, su sangre y sus vidas, en aras de la gran causa de la emancipación social.

Y la sangre de esos hermanos míos, ha sido derramada copiosamente, corriendo a raudales por las calles, plazas y pasos de la antigua Bética. La Ciudad de la alegría, se ha convertido en Ciudad de lágrimas y dolor...

Y las vidas de los bravos adalides revolucionarios, han sido rabiosamente ametrallados por las guardias pretorianas, por los soldados de la República, de esa República deshonrada y envilecida por los Mauro, Galarza, Sanjurjo, Ruiz Trillo y Largo Caballero.

Y como el pueblo español no ha sabido solidarizarse con sus hermanos de Andalucía; y como los sindicalistas revolucionarios, la C. N. T., no ha sabido ni ha sentido la necesidad—falta de sentimientos y vibración revolucionaria—de hacer suyo este magnífico movimiento revolucionario; y como los anarquistas, la F. A. I., tampoco han sabido cumplir con su deber y con su obligación, ese pueblo, esos héroes, ese movimiento no ha podido triunfar, han sido vencidos...

Y al constatar nuestra tan gran culpabilidad, siento el sonrojo del que ha perdido la dignidad, bajo la cresta, me siento profundamente abochornado...

Nuestra falta de solidaridad y ausencia

de sentimientos, ante lo sucedido en Andalucía, es un baldón ignominioso que pesa sobre todos aquellos que nos decimos y blasonamos de hombres libertarios.

Somos responsables en su grado máximo. Nadie, ni los anarquistas—y eso me tiene profundamente dolorido—, han sabido cumplir con su deber.

No obstante, si no hemos perdido el pudor, si aun nos resta un poco de vergüenza y dignidad, si, en verdad, aun nos estimamos un poco, debemos y podemos hacer algo, para borrar la mancha que sobre nuestro historial ha caído.

Son muchos, muchísimos cientos de camaradas que han sido presos y procesados, que yacen en las mazmorras carcelarias en espera de las duras e implacables condenas que contra nuestros camaradas de Andalucía fulminarán esos consejos de guerra, que son generalmente constituidos por militarotes sin sentimientos ni dignidad.

Nosotros debemos emprender activa, intensa y enérgica campaña para que todos, absolutamente todos los que cayeron presos en esos luctuosos días de Andalucía, sean puestos en libertad.

No debemos consentir en forma alguna que estos hermanos nuestros sean condenados, vayan a presidio. Es preciso remover toda España para evitarlo.

Sindicalistas! Hagamos todos el máximo esfuerzo, unamos todas nuestras energías y actividades para arrancar de la cárcel y del presidio a nuestros camaradas de Andalucía.

Anarquistas! Ya que no hemos sabido ser Quijotes, emprendamos sería ofensiva en todos los pueblos y ciudades, inclinando al mundo trabajador a que imponga y exija, en la forma que sea, la inmediata libertad de los revolucionarios andaluces.

Obreros y campesinos! Trabajadores todos! ¡Jijamos en todas las reuniones y asambleas, en los mítines y conferencias, en todos los sitios y lugares, la pronta y total amnistía de los revolucionarios de Andalucía. Y gritemos todos al unísono: ¡Amnistía para los revolucionarios de Andalucía!

D. EROLES

Allí marchan. Allí van en confuso tropel hacia la Corte, nuestros hombres representativos, los hombres que el pueblo, este pueblo ruín, miserable, ciego, cándido y sumiso, han elevado a las alturas para que desde allí los domine mejor, y mejor puedan crujir nuestras espaldas.

¡Los diputados que han de salvar a España, a nuestra nación, a nuestra patria, de la ruina, de la bancarrota económica... ¡Pobre pueblo! Si tú supieras que lo que van a hacer es fortalecer nuestro enemigo: el Capitalismo, sacarlo del atolladero donde se halla, darle vida, inyectarle energía para que vivifique...

¡El eterno Carnaval! Ayer unos, hoy otros, mañana otros. Así se contiene el advenimiento de la revolución, de la ola gigante que barrerá tanta inmundicia; tanto zángano, tanto traidor. Pero la revolución viene, la revolución está en marcha, es un fuego subterráneo que todo lo mina, y estallará de un momento a otro para purificar el ambiente.

El pueblo está hambriento, el pueblo se muere de miseria y aun confía. ¡Infeliz! Aun espera que los hombres, esos fantasmas negros, tan negros como las conciencias que marchan a pasar, felizmente, al verano a los madriles, a divertirse a costa del pobre pueblo productor, les salven de la miseria... Mientras allí charlan, discuten y patean, buscando soluciones que ellos no pueden dar, el pueblo continuará esperando el resultado de esos grandes debates y después... nada; ¡Hambre, miseria y... hasta otra! ¡Ya han regresado de los madriles nuestros hombres blancos, a cubierto de los rayos del sol de agosto, las manos tiernas y suaves que ya han reído con el hazdón, con el balustre, con la garlopa, que no volverán a coger, ¡para eso son diputados, y allí dejan otros unos millones de pesetas para que nosotros las paguemos y unas leyes nuevas en nombre de las cuales, cuando pidamos pan nos llevarán a la cárcel y nos ametrallarán en las calles!

Frente a ese Congreso azul, frente a esos diputados funestos que no llevan la representación del pueblo, porque el pueblo es ignorante, es ciego, es idiota, no tiene conciencia de sí mismo, y donde no hay conciencia no hay voto, porque es menor de edad, y los menores no votan; porque el pueblo es la minoría que piensa y constituye, y esta minoría está en contra de ellos por traidores a los mismos intereses que aparentemente tratan de defender, frente a ese Congreso azul, hay otro rojo frente a esos diputados funestos que pronto veréis con chistera, fraje y guantes blancos, hay otros diputados revolucionarios. Aquellos se reúnen en un palacio, entre riquezas, lujo, confort, sin tener a nada ni a nadie; éstos se reúnen en una mísera habitación, en el campo, al aire libre, sin confort, sin lujo, sin riqueza, pero con un alto espíritu de justicia, a merced de que en nombre de las leyes que los otros confeccionan sean presos.

Aquellos discursen, éstos discuten, conspiran, planean; aquellos tratan de salvar la patria; éstos tratan de redimir al proletariado. Aquellos rien de satisfacción cuando aprueban algo; éstos maldicen de desesperación cada vez que aquellos aprueban, porque saben que cada acuerdo aprobado es una terrible puñalada dada al proletariado. Estos también aprueban; y qué acuerdos tan distintos! Unos representan la muerte, otros representan la vida; unos son tradicionales, otros progresistas. ¿Cuáles acuerdos se pondrán antes en práctica? ¿Quiénes triunfarán? El tiempo lo dirá: Si triunfan los primeros el pueblo seguirá sometido al atropello, a las vejaciones, al crimen, a la miseria. Si vencen los segundos, que son los verdaderos hijos del pueblo, que son el pueblo mismo, entonces el proletariado será libre, entonces el pueblo libertado de todas las cadenas, podrá con júbilo entonar, no «La Marsellesa», ni el Himno de Riego, sino el himno de la Libertad, el himno anarquista.

La revolución está en marcha, éste es uno de los acuerdos de los diputados del pueblo, de los hijos del pueblo, del pueblo mismo, representado por esta minoría que piensa y construye y no cree en el Congreso, que es una congregación de haraganes, por razón de higiene moral, hay que barrer en la próxima contienda; la revolución avanza velozmente, amenazando destruir todo lo ruín, lo grotesco, lo innecesario, todo lo que simbolice tiranía y esclavitud, todo lo fatídico, purificará con fuego las tierras donde se levantará después el nuevo edificio de la nueva Sociedad libre.

¡En pie de guerra por la Revolución Social!

¡Viva la Humanidad libre! ¡Viva el Comunismo anarquista!

Alfonso NIEVES

El respeto a la ley es una cobardía moral...—Eliseo Reclus

trallados y deportados, ha sido por la poca organización que tenían y por la ignorancia total del pueblo ruso de nuestras ideas. Y el pueblo español, en el presente, presenta cierta analogía al pueblo ruso sobre lo que atañe a la cultura.

Para el triunfo del anarquismo: ¡Cultura! ¡Más cultura!

Pierre SAYAS

¡Compañeros!

No veáis en el manifiesto que os dirigimos un afán de intempestiva ingerencia en las cosas nuestras. Entre anarquistas, el uso de una libertad de crítica. Sabemos que ésta tiene sus límites. Luego, nuestra preocupación por examinar la presente situación española, no es otra cosa que el interés sincero de unos compañeros que militan bajo una misma bandera.

Nuestro interés no es otro que el de no regatear nuestra solidaridad, razón por la cual en los momentos de dura prueba la tendréis por entero; el interés que mostramos nace del escarmiento de las experiencias dolorosas de que fuimos víctimas, por lo que entendemos ofrecerlos elementos y juicio, de estudio y de advertencia.

No tenemos un criterio bolchevista de la revolución social, y, por consiguiente, somos de opinión que cada pueblo debe y pueda llevar a cabo su revolución con arreglo a derroteros y posibilidades propias, frente a las cuales los anarquistas no pueden intervenir proponiendo una dictadura suya, sino defendiendo la libertad de vida y experiencia, luchando por la libertad de todos. No se nos oculta en modo alguno las muchas dificultades que os rodean, ni censuramos tampoco el que no lográis realizar ayer lo imposible; lejos de esto, os admiramos por el valor que habéis demostrado, así como por vuestra tenacidad.

Igualmente admiramos la laboriosidad que anima todo este imponente movimiento de reactividad obrera que pone en vida la estabilización de lo que los monárquicos sin rey, los republicanos de las últimas veinticuatro horas y los renegadores de su propio pasado, quisieron fuese la república española; es decir, una república conservadora y burguesa, idéntica a las demás que, en Europa y otros sitios, como instrumento de gobierno de clase, substituyen casi que con mayor perfección opresiva, a monarquías y dictaduras.

Pero, precisamente por la magnitud de este movimiento, que sabemos es en gran parte fruto de nuestros sacrificios y penalidades; porque observamos los derroteros que se ve impelido a seguir para luchar, así como las influencias y preocupaciones a las cuales no puede sustraerse que el examen de todo esto lo que nos deja perplejos, haciéndonos recordar horas de febril entusiasmo, sí, pero no clara visión en la marcha de los acontecimientos, por nosotros vividos, hace apenas un decenio, como hoy los vivís vosotros. El resultado lo purgamos hoy con el destierro, como otros lo han pagado con la muerte o con el presidio, y el pueblo italiano entero lo expla actualmente, gloriándose bajo la más inicua de las dictaduras.

También nosotros, ¡oh, compañeros!, vimos afluir las masas a raudales a los Sindicatos profesionales, reclamando mejoras económicas; e igualmente vimos agitarse las masas, haciendo irrupción, moviéndose tumultuosamente por el deseo de un mañana más justo.

Y vimos igualmente, durante años, la repetición de las diarias huelgas, de las asambleas grandiosas y periódicas conflictos que dejaban siempre charcos de sangre; la crónica de las victorias sindicales y de los fáciles reveses inflingidos a los patronos y la situación de debilitamiento en que cayó el Estado por causas bien distintas a las de un cambio de régimen.

Los gobiernos cumplen su obra brutal destruyendo cuanto les resiste. En su estructura jeroglífica los espíritos simbolizaban el poder con un látigo.

GILLE

### Sembrar

Sembrad, hermanos, vuestra anárquica semilla. Sembrad constantes, que la esterilidad se impone.

Daros cuenta de lo necesario que es vuestra semilla para los campos de la C. N. T., que, surcados por vosotros, esperan de nueva vuestra semilla.

Siembra, libertario, que los abrojos del camino nacen en el campo que tú cultivas. Siembra constante y evita que las hierbas paradisíacas interrumpan el lozano medrar de tu semilla.

Los campos que cultivas con fervido entusiasmo han sido abordados por malas hierbas. ¡Arráncalas y arrójalas al cenital para que el viandante las pisotée!

Siembra, hermano, que los postulados de la C. N. T. están un tanto contaminados de reformismo pancista.

Sembrad afanosos para que la esencia anárquica de la F. A. T. penetre en las entrañas de la organización sindical para evitar que ésta caiga en el marxismo.

Siembra, hermano, que el apolitismo se transforme en anarquía y los hierbajos de la actual sociedad perezan.

Siembra, trabaja, cuida y vela para que tus plantas no tronchen, no claudiquen...

S. PLA

gimen, débil por la consunción que los prolongados años de guerra habían producido en sus engranajes.

Creímos en la inminencia y en la fatalidad del hundimiento del viejo régimen cuando los campesinos llegaron a ocupar las tierras y los trabajadores industriales transformaron en reductos armados las oficinas y los establecimientos, sobre los cuales, como sobre los barcos, flotaban todas las banderas de la revolución.

Nuestros compañeros y los trabajadores levantaban barricadas y hacían frente a las fuerzas del gobierno, no cediendo hasta verse agotados por haberse quedado solos.

Tras meses y años de tantas victorias parciales y sindicales, luego de tantas luchas audazmente sostenidas y que dieron al Gobierno y a la burguesía la sensación exacta del peligro, ¿qué recogimos?

Vagabundos y dispersos por el mundo, nosotros, los escapados a la muerte y al presidio, no nos encontramos aquí para enterarnos con el relato de nuestra desventura, sino para prevenirnos contra el peligro de que podáis correr igual suerte y para que teniendo presente, hagáis por sustraerlos a ella mientras sea tiempo.

Nosotros íbamos seguros cara al mañana y tras de nosotros amarcaba el paso del formidable ejército de trabajadores organizados.

Sin embargo, los hechos hubieran tenido feliz remate, si se hubiera logrado transportar aquel ejército a la turbina revolucionaria.

Pero aquellos, si no faltaron, fueron de resultado nulo a fuerza de generalizarse demasiado. Casi que las mismas preocupaciones de orden interno, sindicales y de partido y las de orden general que aquí interviene e impulsan a perpetuar indecisiones y desviaciones posibilistas, paralizaban a los dirigentes bajo el peso de las eventuales responsabilidades... históricas, sabotando constantemente la realización de los hechos.

De este modo, mientras dejaba cierta libertad de prensa y de organización, y dejaba desenvolverse las líneas de resistencia y dejaba las masas consumirse y cansar las poblaciones—con las huelgas y nuevas reivindicaciones, el gobierno silenciosamente reorganizaba la propia estructura ofensiva y cuando cedía y ponía en libertad a los detenidos, destitula gobernadores y simulaba gesticulaciones demagógicas hacía sacrificios a las necesidades de temporizar en el contrataque, por no aceptar la batalla en un momento desfavorable, él mismo que aquí.

Por igual motivo cedían y contemporizaban los capitales de industria y los grandes propietarios agrícolas, organizando, entre tanto, con la ayuda del Estado, los escuadrones de acción antiproletaria, antisubversiva, asaltando a todos los desocupados que la desmovilización del ejército, tras cinco años de guerra, dejaba en la calle sin más cultura espiritual y preparación material que las propias del homicida profesional; desocupados que Mussolini iba organizando para su propia venganza, para preparar las propias aventuras, y que después adscribió definitivamente a la monarquía y al capitalismo cuando se convenció de que la victoria correspondía a la autoridad y a la burguesía.

A consecuencia de esto vino la «debacle», la derrota, no teniendo ni una siquiera la posibilidad de una colectiva defensa desesperada, aun cuando al multiplicarse los casos aislados de desesperada resistencia.

La lucha continuó durante tres años y no hubo ciudad, villa, aldea, encrucijada, plaza de Italia que no tuviese sus caídos, sus asesinados.

Tened presente que nuestra «debacle», o sea la del movimiento social-revolucionario italiano tiene, para nosotros, anarquistas italianos, una atenuante: el grueso de las fuerzas proletarias obedecía las directivas de un abundante ejército de empleados de la organización proletaria, la cual estaba guiada por los reformistas... La influencia de los anarcosindicalistas se limitaba a escasos sectores del frente obrero.

Aquí ocurre lo contrario y muchas de las responsabilidades en la derrota del proletariado italiano y de la revolución social en Italia que nosotros podemos rechazar con la conciencia tranquila, sobre vosotros también, mañana, si aquella derrota se repitiese, aquí en España, podrán pesar por entero.

No olvidéis al pueblo todo y no ahoguéis las idealidades anárquicas, de libertad y de justicia económica, en el círculo de la guerra de clases; afrontad de lleno todos los problemas de la revolución si queréis triunfar.

Compañeros españoles: no os pedimos que nos deis la anarquía, sino que nos salvéis de las responsabilidades de una derrota que sea el resultado más que de la fuerza ajena, de nuestra incompreensión.

Anarquistas: Nuestro llamamiento a que se examine de nuevo cuáles fueron las causas de nuestra derrota de ayer, que la hicieron inevitable, se extiende a todos los revolucionarios sinceros, porque, dentro y fuera de los cuadros confederales, puedan y quieran proceder, mientras sea tiempo, a salvar el pueblo español de los horrores de una nueva dictadura, que no será ya la de un general borrachín, sino de un renegado del tipo de Mussolini, regimentero de todas las delincuencias y sostenedor de todas las reacciones.

Barcelona, julio de 1931.

### La religión

Parece increíble que ciertos hombres a quienes no se puede negar la posesión de vasta cultura, lleguen a torcer el rumbo de sus ideas cuando se hallan ocupando cargos para los que son incompatibles por su modo de pensar.

El ministro de Justicia es partidario de la separación de la Iglesia del Estado, pero no es, en cambio, enemigo de la religión, a la que ha glorioso en estas frases: «La emoción religiosa es la más profunda, la más aquilatada, la más bella que hay en lo más hondo de la intimidad de la conciencia».

De la religión tenemos nuestro criterio todos los que no hemos sido sus víctimas directas o los que, habiéndolo sido, hemos logrado emanciparnos relativamente de ella. Un hombre de bastante más envergadura social que Fernando de los Ríos. Carlos Marx, tenía también su opinión acerca del sentimiento religioso, opinión consustancial del contenido dogmático de su pensamiento, y que, por ende, comparte, o deben compartir, sus adeptos: «La religión es el opio de los pueblos».

Nada se ha dicho acerca de la religión que encierre más honda verdad, si no son los ciertos alegatos de Han Reyner.

Si nuestro flamante ministro de Justicia se titula socialista y sustenta las teorías que Marx preconizara, parece inconsecuencia que a estas alturas demuestre admiración por una creencia que representa la negación de la racionalidad de la humana naturaleza y de los principios de nuestra existencia.

Salvo aquellos individuos cuya mentalidad está a bajo nivel—y entre los cuales no se halla, precisamente, Fernando de los Ríos—o los que aceptan y mantienen la religión como medio de encumbrarse o conservar su privilegio económico, la ingenua mayoría de los que pensamos sin hipotecar nuestra inteligencia, sin mantener prejuicios tan ridículos como ancestrales, odiamos, o cuando menos, despreciamos la religión, cualquiera que ésta sea, porque no sirve más que para deformar el concepto de la vida, esterilizar el progreso, anular la voluntad y adueñarse de los espíritus pusilánimes o débiles en perjuicio de la civilización.

Todas las religiones, pero de una manera especial la católica, tal como ha ido degenerando, no son sino los medios al alcance de los ambiciosos para dominar al resto de los mortales. Se ha dicho y escrito tanto acerca de las ingentes taras de la religión—la religión es toda ella una tara—que considero inoportuno repetir el tema. La hipocresía y falacia de la católica, son larvas más que suficientes para no concebir como un jurista de la categoría de Fernando de los Ríos nos venga ahora con esos cuentos chinos de la emoción profunda, bella y aquilatada que la religión representa.

O el ministro no sienta lo que dice, como corresponde a un socialista que no lo es sólo de nombre, en cuyo caso, semejante actitud tiene un nombre en el diccionario, o Fernando de los Ríos carece de puros sentimientos socialistas, lo que le permite alabar la religión, posición que dice muy poco en favor de un leader del partido que acudilla.

Máximo LLORCA

### ¡Cultura!

### ¡Cultura!

Lamentable es encontrar una juventud ignorante; ahora, sí, vemos que entre esa juventud hay individuos deseosos en saber y aprender, porque sufren y, por lo tanto, anhelan a más libertad moral y material.

Luego, aprovechando de esta ocasión extraordinaria en que las circunstancias nos ofrecen, doblemos, centuplicuemos nuestras energías en pro de las ideas anarquistas.

Muchos individuos se aperceben ya de la poca diferencia que existe entre una monarquía y una república; que hasta «nuestros» republicanos son tan tiránicos o más, para conservar el poder y defender las riquezas del capitalismo nacional e internacional; máxime cuando ese mismo pueblo, el que los ha llevado al poder inconscientemente, pide trabajo para tener pan.

Y si los momentos en que atravesamos, son revolucionarios, hemos de tener en cuenta que, para llegar a la implantación de la sociedad donde sea un hecho la máxima «Ni Dios ni amo», se necesita capacitar a los individuos hacia esa realización. Hemos de buscar la cantidad, pero hemos de preferir la calidad.

Tenemos hoy en España dos posibilidades: los acontecimientos y una gran simpatía en nuestras ideas por parte de la clase trabajadora. Que los militantes hagan pesada su ideas en la organización obrera; que se constituya en cada sindicato centros de cultura. Que los grupos anarquistas existentes abran centros de cultura, al lado de la propaganda.

Si todos los elementos libertarios unidos en la C. N. T. y la F. A. I. tienen corazón para hacer propaganda libertaria, en poco tiempo surgirá una nueva generación que tanto se necesita para poder acabar con este maldito régimen. Luego, si la C. N. T. es su rumbo la implantación del comunismo libertario, es preciso que los trabajadores se capaciten para la administración de la producción y el consumo.

Los trabajadores han de ser ellos mismos «sus peones y arquitectos» de la nueva sociedad.

Más para eso es necesario una clara comprensión de la actualidad por parte de los compañeros.

Se ha de tener en cuenta que no es bastante el gritar a la revolución, sino que se necesitan revolucionarios conscientes e inteligentes para la construcción del nuevo edificio; porque si es difícil derribar el estado social actual, es más difícil todavía construir.

Hemos de tener en cuenta también que todos los elementos libertarios del mundo tienen la mirada hacia nosotros y nuestras futuras realidades, y, por lo tanto, tenemos una responsabilidad ante el mundo trabajador libertario.

De nuestra actividad actual depende el porvenir de todo el anarquismo.

Nuestros camaradas rusos, si al otro día de la Revolución rusa se vieron ame-